

LO QUE NUESTROS OJOS VIERON

Nota previa.- Publico aquí el texto amplio de una entrevista para la revista LITERAL. LATIN AMERICAN VOICES, que se publica en Houston, Texas, E.U.A. Me pareció oportuno agregar dos escritos de noviembre de 1993. Uno de ellos tuvo poca difusión en su tiempo (el primero) y el segundo había permanecido inédito. Creo que pueden todavía despertar algún interés.

Jala, Nayarit, 1 de agosto de 2013.
M.O.N.

Entrevista al Padre Manuel Olimón Nolasco sobre la primera exposición artística de los Museos Vaticanos en América Latina.

(Ciudad de México, noviembre de 1993 a febrero de 1994.)

La realizaron Amanda y Estela Porter en agosto de 2013.



olimon.org

El Colegio de San Ildefonso, edificio insigne de la Ciudad de México, fue sede de estudios superiores a cargo de la Compañía de Jesús (jesuitas) durante la época virreinal hasta su expulsión en 1767 y en las últimas décadas del siglo XIX y buena parte del XX albergó a la Escuela Nacional Preparatoria. En ese lugar, transformado en sitio para exposiciones tuvo lugar, del 16 de noviembre de 1993 al 15 de febrero de 1994, la muestra artístico cultural de piezas provenientes principalmente de los acervos de la Ciudad del Vaticano (Museos, Galerías, Biblioteca, Archivo, Basílica de San Pedro) y de algunas catedrales y museos italianos.

En la historia de México no se había presentado –ni hasta la fecha, veinte años después—un tesoro artístico de tal categoría y significado: veinte siglos de arte y cultura procedente del mensaje que está en los cimientos de la construcción de Occidente. La exposición se llamó: “Arte y cultura de dos milenios. Tesoros artísticos del Vaticano.” Una nota en la sección “La Plaza” del diario “El Economista” del 1 de diciembre de 1993 despertaba así el interés: “La exposición que está siendo albergada en el majestuoso edificio de San Ildefonso es, hoy por hoy, la mejor opción que hay para todos aquellos que gustan de contemplar obras de arte resistiendo las ganas de tocarlas. Y es que la belleza incomparable de varias piezas de la exposición, que tiene objetos

que datan desde el siglo I al XX, hace que se despierten las ganas del tacto, ese sentido prohibido en todo museo. Es una muestra de valor incalculable en la que las firmas van de Matisse a Chagall, de Miguel Ángel a Rafael Sanzio, de un escrito de puño y letra de Galileo Galilei a otro de Bernal Díaz del Castillo, etc.” Ya el 19 de noviembre, a solos tres días de la apertura, el diario “El Universal” anotaba: “Quinientas personas por hora acuden a los Tesoros del Vaticano” y el 30 de diciembre en esas mismas páginas se leía: “La exposición...ha tenido hasta el momento una afluencia de 120,000 personas, durante cuarenta días, lo que la ubica como la exposición más visitada.”

Esas líneas de tintes admirados hacen referencia al impacto de la luminosidad del arte y de la huella profunda de las raíces culturales que está en nuestro espíritu. Llegar a ese impacto supuso la realización de una tarea titánica y significados variados que, en torno al hecho cultural, tocaron otros puntos de la vida de México y su paso por el tiempo. Es evidente que la producción de arte y cultura que se exhibió en San Ildefonso tiene como fuente inspiradora y canal de comunicación, el diálogo de siglos de la Iglesia católica con los elementos de la reflexión bíblica, del clasicismo grecorromano y de las manifestaciones posteriores que del románico, el gótico, el barroco y la multiplicidad paradójica de la modernidad. Sorprendió a muchos, por otra parte, la superación que supuso este hecho, pues se dio en el siglo XX un distanciado silencio entre la orientación educativa sustentada oficialmente y el tronco católico, a pesar de la presencia amplia de la religiosidad en el pueblo. Apenas en 1991 se modificaron las leyes excesivamente restrictivas para las manifestaciones religiosas públicas y un año después se entablaron las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, llegando después de Estados Unidos de América y la URSS.

Para tratar de atar los hilos que formaron el tejido de la exposición en la Ciudad de México, hemos acudido al Padre Manuel Olimón Nolasco, Doctor en Historia, profesor fundador de la Universidad Pontificia de México, miembro de la Academia Mexicana de la Historia y actualmente párroco en un pueblo de arraigadas tradiciones en el estado de Nayarit en México, llamado Jala. Él tuvo un papel fundamental para que tuviera lugar ese acontecimiento, que pronto cumplirá dos décadas de realizado.

Amanda y Estela.- Padre Olimón: Al repasar los periódicos de hace cerca de veinte años nos encontramos con reportajes que no sólo describen a “Tesoros artísticos del Vaticano” sino que dejan huellas de admiración y de especial acogida entre los visitantes, que fueron multitudes. ¿Usted esperaba esta reacción?

P. Olimón.- Desde antes de que la exposición fuera una realidad, sentí que tendría un brillo extraordinario y que, más allá del natural impacto de la belleza transmitida por el arte y la respuesta humana a la necesidad de transformar el mundo en que consiste la cultura, habría “algo” que se percibiría sin necesidad de discursos y que expresaría más que, por ejemplo, las que vinieron a México del Museo del Prado, las exquisitas de Chagall, “México, esplendores de treinta siglos” e incluso la de las Guadalupanas, “Dones y promesas.” Me impulsaron unas frases del “Mensaje a los artistas” del Concilio Vaticano II que me han acompañado siempre: “El mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperación. La belleza, como la verdad, hace nacer el gozo en los corazones de los hombres; es el precioso fruto que resiste la erosión del tiempo y que une a las generaciones dándoles capacidad para comunicarse unas con otras, a través de la admiración.” En esas palabras, sin mencionarlo, se resume la fuerza comunicativa del arte y la vocación de los artistas, dadores de belleza, gozo y admiración, tan necesarios para la vida como el aire y el sustento. De hecho propuse, aunque no tuve éxito, que la muestra se llamara simplemente “Gloria”, con todo lo que esa palabra tiene de estallido luminoso y sonoro...

Desde luego, vi multitudes esos meses: filas que daban la vuelta a la manzana en la que se encuentra el Colegio, personas de todas las edades y condiciones sociales circulando por los espacios de exhibición. En la retina, sin embargo, me quedaron grabados los grupos escolares, sobre todo de las secundarias oficiales, que con sus uniformes gris y verde entraban tensos --tal vez porque “tenían que ir al museo”-- y poco a poco abrían sus ojos con los rasgos propios de la admiración en los rostros jóvenes. No olvido también a dos personas que acompañé: la anciana reina Marie-Joseph de Italia, que vivía en Cuernavaca, la culta editora de las obras de Teilhard de Chardin, que con su dama de compañía que se dirigía a ella como “Maestà”, caminó por toda la

exhibición sin cansarse y al Ministro de Cultura de Cuba, que no lograba salir de su asombro delante del original de las “Observaciones del Sol” de Galileo. En fin, creo que fueron acertadas las palabras que escribió el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari en su carta de solicitud al Papa Juan Pablo II: fue “un regalo a la imaginación y a la memoria de los mexicanos.”

Amanda y Estela.- Suponemos que llegar al día de la inauguración no fue tarea sencilla, teniendo en cuenta tanto la tradición política mexicana como la natural resistencia de instancias culturales tan conservadoras como las del Vaticano. ¿Cómo surgió la idea de esta exposición y cómo pudo realizarse?

Padre Olimón.- La idea surgió y fue tomando forma captando lo que en griego se llama “*kairós*”, es decir, el tiempo oportuno, esos indicios que el Evangelio llama “signos de los tiempos” y que se parecen a los días anteriores a la cosecha, cuando las espigas del trigo o los brotes del maíz están casi maduros y parecen esperar la hoz o el machete. A partir de 1989 habíamos estado trabajando sin hacer mucho ruido, en varios proyectos de modificación de las leyes mexicanas que afectaban las expresiones religiosas. El presidente de la Conferencia Episcopal, Don Adolfo Suárez Rivera, arzobispo de Monterrey, me encomendó este seguimiento de parte de la Iglesia católica. El presidente Carlos Salinas de Gortari le pidió a algunos abogados cercanos al presidente del PRI, Licenciado Luis Donald Colosio, el seguimiento de parte del gobierno. Muchas veces me reuní con ellos, sobre todo con Javier García Ávila, Héctor Doporto y Elías Cárdenas y a veces con el Doctor José Luis Soberanes. El primero fue nombrado en ese tiempo secretario particular de Manuel Camacho Solís, Jefe del Departamento del Distrito Federal.

Una vez modificada la constitución, promulgada la Ley reglamentaria e iniciadas las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, en conversaciones tanto con Monseñor Suárez como con el Licenciado García Ávila, les planteé a ambos que una forma excelente en que podría notarse el valor de esa relación era fomentar el área de las relaciones culturales: una exposición de notoria amplitud y calidad de los Museos Vaticanos sería un primer paso importante; más tarde podría ir al Vaticano una exposición mexicana en reciprocidad y la Embajada podría incluso instalar en una casa del centro histórico de Roma un

centro cultural, como el que tiene la Embajada francesa a un lado del templo de San Luis de los Franceses.

En enero de 1993 redacté un memorando a los colaboradores de Colosio en el que, después de exponerles la importancia de los cambios constitucionales y el establecimiento de relaciones diplomáticas, les decía que “a nivel del ciudadano común es muy poco lo que se ha notado y me parece que hace falta un signo exterior que hiciera legible de alguna manera la trascendencia de los cambios y la nueva situación...Una exposición artística que trajera a nuestro país un caudal de piezas de los Museos Vaticanos tendría este efecto favorable.”

El planteamiento pareció dormir y se activó de pronto poco después de la dramática muerte del Cardenal Juan Jesús Posadas en mayo de 1993. Don Adolfo me llamó por teléfono dándome a conocer el interés de llevar a cabo la idea; me llamó también García Ávila y muy pronto me encontré en la oficina del regente Camacho en compañía del Licenciado Rafael Tovar y de Teresa, presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, llevándoles un esbozo preliminar de lo que podría ser la exposición. Pronto llegó la idea al presidente Salinas, quien la aprobó sin demasiadas preguntas y colateralmente hablé con Monseñor Prigione, entonces Delegado Apostólico quien, aunque no se mostró muy convencido, acabó por redactar una carta no muy favorable, aunque lo suficiente para no presentar objeciones. El 16 de julio estábamos ya a bordo del vuelo de Air France a París los representantes del gobierno del Distrito Federal, del Consejo para la Cultura y las Artes (Arquitecto Jorge Gamboa de Buen, Licenciado Jaime García Amaral) el Ingeniero Salvador Vázquez Araujo como técnico y un servidor, representando al presidente de la Conferencia del Episcopado. Después de una breve escala en la capital francesa seguimos hacia Roma donde debíamos encontrarnos con el Embajador Olivares para comenzar los trámites. Íbamos provistos de cartas de presentación y compromiso firmadas por Suárez, Prigione y Camacho dirigidas al Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado. Por valija diplomática llegaría la más importante, firmada por el presidente y dirigida a Juan Pablo II. En el salón oficial del aeropuerto de Fiumicino nos recibió un sonriente Enrique Galván, consejero político y cultural de la Embajada, hombre clave para el seguimiento cotidiano de nuestra empresa. El embajador tuvo que regresar a

Roma desde algunos lugares de Italia donde se encontraba celebrando con su esposa Doña Belén y algunos de sus hijos los cincuenta años de su matrimonio.

El profesor Olivares, político de gran experiencia, era conocido por su estilo de “aseo político”, cauteloso y cuidadoso, pero efectivo. Había tenido oportunidad de ejercer ese estilo en muy diversos cargos en México: como gobernador, como diputado, senador y Secretario de gobernación; había sido también embajador con encargos especiales en Centroamérica y el Caribe durante la difícil década de 1970. Cuando llegamos, él todavía no se encontraba en Roma, pero al Ministro Brito—segundo en la representación—le había instruido diligentemente: tendríamos que ir “de arriba para abajo”, es decir, en primer lugar a la Secretaría de Estado y después a las instancias culturales: la Dirección de los Museos, de la Biblioteca, el Archivo y la “Fábrica” de San Pedro.

Y así lo hicimos, si bien para la cita con Monseñor Re en la Secretaría de Estado esperaríamos al Profesor Olivares. La mañana del día 18, en el vestíbulo del Hotel Minerva, lugar donde se habían hospedado a principios del siglo XIX Simón Bolívar y José de San Martín, sentí el peso del proyecto, antes de dirigirnos a la Ciudad del Vaticano.

El Profesor Pietrangeli, director de los Museos, se mostró reticente y nos dijo que “sólo por obediencia a sus superiores” nos escucharía. El Padre dominico Boyle, director de la Biblioteca, expresó “que los libros eran para leerse y no para exhibirse”. El Padre Metzler, director del Archivo Secreto fue muy amable y nos mostró algunos tesoros que se guardaban ahí como la solicitud, firmada y sellada con lacre por la casi totalidad de los obispos ingleses pidiendo la disolución del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón. El Cardenal Virgilio Noè, antiguo maestro de ceremonias pontificio y entonces arcipreste de la Basílica de San Pedro, estuvo dispuestísimo. A todos les dijimos que regresaríamos con una solicitud concreta de obras.

De ese primer sondeo quedaron claras dos cosas: que habíamos sido recibidos con cortesía pero sin entusiasmo y que había que “torcerle el brazo” a alguien, para que se abriera el camino. Y este “alguien” tendría que ser el Papa Juan Pablo II. Él vendría por unas horas a Mérida en agosto y habría que lograr que aprobara personalmente nuestra solicitud y que se hiciera pública para que

las resistencias se debilitaran. También, a pesar de que en el Vaticano se decía que en todo caso sería mejor esperar hasta 1994, sin comentarlo en voz alta ni siquiera entre nosotros, sabíamos que quizá en noviembre de 1993 se “destaparía” el candidato del PRI a la presidencia y sería más difícil contar con los tres funcionarios que más interesados estaban en esa candidatura, Pedro Aspe, secretario de Hacienda, Manuel Camacho y Luis Donald Colosio. Por eso la fecha límite para obtener lo que pedíamos nos parecía la visita del Papa a Mérida.

Mientras se preparaba esta visita, regresé a México el 24 de julio a informar y una semana después me volví a Roma para iniciar el recorrido por los distintos espacios del Museo, de la Biblioteca y el Archivo, en compañía del Consejero cultural y del Doctor Efraín Castro Morales del Consejo para la Cultura y las Artes a fin de ir formando la lista de las piezas que solicitaríamos. Fue una experiencia enriquecedora, pues día a día entrábamos por todos los rincones dándonos cuenta de la enormidad del acervo y de la dificultad de escoger bien pues, por un lado, teníamos que encontrar piezas significativas que expusieran el paso de dos milenios, que no presentaran especiales dificultades para el traslado a causa de especial fragilidad en los materiales y que no fuera el colorido o el tamaño lo que nos inclinara sino el esplendor propio—“como el de la verdad”--. Al principio, la inclinación de algunos expertos mexicanos se inclinaba a los grandes maestros del Renacimiento y a pintores del barroco y el romanticismo. Insistí con delicadeza pero sin cejar en ello en que se incluyeran ejemplos del arte paleocristiano, tan cercano a la sensibilidad contemporánea y que jamás se había visto en México y América y en algunos ejemplos de la Galería de Arte Contemporáneo del Vaticano, que con sus cincuenta y cuatro salas es muy poco conocida. Recordaba mis recorridos casi solitarios por el Museo Gregoriano Profano y el Pío Cristiano y la Galería citada cuando viví en Roma como estudiante de historia. Me parecía que tendríamos menos dificultades en obtener el préstamo de piezas de esos recintos que, por ejemplo, de la Pinacoteca. Acudían a mi imaginación con constancia algunos frentes de sarcófagos grecorromanos con escenas mitológicas y del primer cristianismo, la estatuilla del “Buen Pastor”, algunas cabezas marmóreas y viajando veinte siglos en el tiempo, las casullas de Matisse para la capilla de Vence, las escenas de la Pasión de Rouault, los bronce de Manzù y la

“Piedad roja” de Marc Chagall, tan elocuente para mí como su “Crucifixión blanca.” No todo lo solicitado se logró, pero casi todo, de modo que la táctica de no pedir piezas de gran envergadura tuvo éxito. A la hora de las decisiones, no obstante, se consiguió el precioso relicario del “mandilion” de Edesa, tradicionalmente venerado como un retrato del verdadero rostro de Cristo, un fresco con uno de los bellísimos ángeles músicos de Melozzo da Forlì, un enorme tapiz recientemente restaurado de “la pesca milagrosa” de Rafael Sanzio, una pequeña y exquisita “Pietà” de Miguel Ángel --la que esculpió para Vittoria Colonna-- y obras de Rubens, Ghirlandaio, Guido Renni, Seghers, Poussin y Murillo. Me imaginé el recorrido como un itinerario visual que fuera “del Buen Pastor al Pastor bueno”, pues estaba ya conseguido en bronce de Manzù con el busto de Juan XXIII. Tengo presente la emoción que sentí cuando se aprobó el viaje de una casulla de matiz (la negra, aunque yo quería la verde), la “Piedad” de Chagall y el “Ecce homo” de Georges Rouault. No fue posible incluir una obra a pesar de que la solicitamos con insistencia: el “San Jerónimo penitente” de Leonardo da Vinci; en esos días había estado en el Vaticano el emperador japonés Akihito, bienhechor especial de las restauraciones de la Capilla Sixtina y lo había pedido para exponerlo en Tokio. Ni modo.

El Licenciado Galván, Efraín Castro y un servidor tomamos un elevado número de “espressi” con el irlandés Leonard Boyle en una especie de cueva de la época medieval (rincón vaticano desconocido a los turistas) y él, a pesar de su inicial resistencia, estuvo de acuerdo en que viajaran a México tesoros insignes de la Biblioteca Apostólica a su cargo. Nos guiamos por el catálogo de una exposición que se había hecho en la Biblioteca del Congreso de Washington titulado “Rome reborn.” Yo estaba obsesionado porque se obtuvieran el “Codex purpureus”, manuscrito de la época de la antigüedad tardía del evangelio de San Mateo, el “Virgilius romanus”, texto ilustrado de algunos capítulos de la Eneída, algunos manuscritos iluminados y textos científicos, entre los que, desde luego, estarían las “Observaciones del sol” con sus manchas que causaron escándalo, de Galileo. (El escándalo se debió a que, de acuerdo a la “Física” de Aristóteles, el sol era una especie de ente celeste perfecto, es decir, sin mancha).

Todo ello se concedió. Le hablé del “papiro Bodmer”, quizá el manuscrito más antiguo conocido del Nuevo Testamento y me dijo que se encontraba en la jurisdicción de Pietrangeli. (También viajó a México).

Teniendo cierta idea de la riqueza de la Biblioteca, sabía que de ella forman parte algunos códices prehispánicos mexicanos. Preferí no solicitar alguno para evitar posibles brotes hipernacionalistas en México. No hacía mucho que un investigador había “recuperado” uno de la Biblioteca Nacional de París y provocó que se cerrara la sección a los mexicanos. Además, en enero de 1990 el Papa Juan Pablo había entregado el valiosísimo “Códice Badiano” (“De medicinalibus indorum herbis) sobre plantas medicinales de los nahuas, realizado en el Colegio de Santiago Tlatelolco bajo la dirección de Fray Bernardino de Sahagún y Juan Badiano.

Otra línea que debía integrarse a la magna muestra (San Ildefonso es un edificio muy grande) era la relacionada con documentación de la primera evangelización en América, conmemorada en 1992. Durante las muchas veces que había pasado por los largos corredores que unen el Museo y la Biblioteca, había visto de reojo un mapa del siglo XVI donde ya se veía delineado el Nuevo Continente (resultó ser el “Planisferio” de Diego Ribero de 1529, en pergamino, que originalmente perteneció a la familia Borgia). Lo pedí y lo prestaron y además, otros dos mapas. En el Archivo Vaticano tenía que haber algo, pensé; por ejemplo, las bulas fundacionales de las primeras diócesis y quizá alguna correspondencia. El Padre Metzler, director del Archivo había publicado dos tomos en latín a modo de guía, “America Pontificia.” Personalmente escogió varios originales: cinco folios de una edición latina de las cartas de Cristóbal Colón, un libro editado en Valladolid con las “Leyes Nuevas” de 1542 tramitadas por Fray Bartolomé de las Casas y la “Crónica de las Indias” de 1547 de Gonzalo Fernández de Oviedo. Por lo que respecta a las bulas papales relacionadas con América (las famosísimas “Inter caetera” de Alejandro VI sobre los territorios que correspondían a España y a Portugal, la “Exponi nobis” de Clemente VII sobre los privilegios de los religiosos en América y la “Veritas ipsa”, más conocida como “Sublimis Deus” de Paulo III a propósito del maltrato a los indígenas), Metzler me dijo que no podían prestarse los originales, pues *daban seguridad jurídica* a los hechos que contenían, pero que me hacía una propuesta: algún archivista antiguo (del siglo XVII o XVIII)

había comprado papel en exceso y él había encontrado un buen paquete de ese papel; que podía hacernos copias en ese papel. Acepté.

Parecía que estaba completa la petición. Pero no. El edificio mexicano era demasiado grande y no queríamos una “pequeña muestra” sino una de dimensiones “magnas.” No parecía factible descolgar más cuadros de la Pinacoteca o de otras paredes; los de Orozco o Siqueiros estaban bien en la Galería vaticana moderna, pero en México, a pesar de su calidad (la “Lapidación de San Esteban” de Orozco o los Cristos sangrantes de Siqueiros) serían tomados por “obra menor.” Podíamos pedir muchas más piezas del Gregoriano Profano y del enorme acervo de estatuaria e inscripciones romanas, del Museo Etrusco y del Egipcio, pero...iríamos más allá de los dos milenios. En charlas con el Doctor Guzmán Carriquiri, uruguayo, subsecretario del Pontificio Consejo para los Laicos y con el Doctor Marcelo Bedeschi, de la Fundación “Gioventù, Chiesa e Speranza”, que había organizado una exposición artística para la Jornada Mundial de la Juventud en Denver, Colorado, ellos nos sugirieron que esa muestra podría pasar íntegra a México una vez que el Papa dejara Denver, a donde iría después de Mérida. Me pareció una idea interesante, pero sospeché que podía haber una “agenda oculta”: que esa muestra tomara el lugar de la que solicitábamos. Aceptaríamos el material de Denver *como complemento* de lo que iría directamente del Vaticano y no de otra manera.

Estando así la situación, se llegó el día de la presencia de Juan Pablo II en la capital de Yucatán.

La estrategia funcionó perfectamente: Monseñor Suárez habló personalmente con el Cardenal Sodano quien ya tenía idea de la pretensión mexicana y del “buen gusto” de lo que se había escogido. El presidente Salinas le pidió su asentimiento al Pontífice y, obtenido éste sin dificultad, lo hizo público desde el balcón del Palacio de Gobierno de Mérida.

A los dos días, nos reunimos en la Ciudad de México, presididos por el embajador Olivares Santana en las oficinas del Licenciado Tovar y de Teresa. Ahí quedaron trazados los trabajos que seguían: esbozar el acuerdo y tenerlo listo a fines de agosto. Olivares nos recomendó que “todos sostuviéramos una misma opinión para evitar cualquier fisura.” ¡El consabido “aseo político”!

Volví a Roma y poco después a Denver, a donde fueron también el Arquitecto Gamboa de Buen y Efraín Castro. Nos atendió muy bien el director del “Colorado Museum of Art” y el Cónsul general de México. La museografía no era muy buena--sería mejor la mexicana, colorida y acogedora-- pero las piezas, casi todas de orfebrería litúrgica medieval y renacentista de varias catedrales italianas eran de excelente calidad y se acoplarían muy bien al resto de la exposición, que ahora sí, no había duda que sería “magna.”

Otra vez a Roma, a trabajar en los acuerdos. Yo sabía que la exposición estaba “amarrada” por el hecho de que se había hecho pública la voluntad del Papa. Pero también sabía que esta publicidad podía no haber llegado a los ambientes vaticanos. Decidí “filtrar” la noticia a un vaticanista, Andrea Tornelli; no pasó más de una semana en que “Il Sabato” la hiciera noticia internacional. Mientras tanto, el Doctor Efraín Castro se dedicó a buscar la edición del catálogo que, por recomendación del Doctor Giovanni Morello, de la Biblioteca vaticana, se encomendó a la editorial especializada en arte, “Electa”, de Milán.

Respecto del acuerdo, se trataba del primero entre México y la Santa Sede en toda la historia. Se pensó en un tratado internacional en toda forma pero, teniendo en cuenta que el tiempo era muy corto y para ello había que acudir al Senado, se decidió hacerlo teniendo como “parte mexicana” al Consejo de la Cultura y las Artes, el Departamento del Distrito Federal y la Universidad Nacional Autónoma de México, entidades que constituían el fideicomiso del edificio de San Ildefonso. La “parte vaticana” estaría representada por la Fundación “Gioventù, Chiesa e Speranza” que actuaría en nombre de la Santa Sede. Las cláusulas fueron muy claras e incluso pormenorizadas, se contrató un seguro “da chiodo a chiodo” para las obras e incluso se designó el tribunal de La Haya para alguna controversia que pudiera suscitarse. Quedó fija también la lista de las obras y se anexó al acuerdo. Se fijó el 27 de ese mes para la firma del acuerdo.

En una mañana nublada, indicio del otoño ya iniciado, ese día 27 tuvo lugar el acto protocolario en la residencia de la Embajada. Las firmas fueron abundantes: en la penúltima página, por parte de México el Prof. Olivares como coordinador, el Lic. Rafael Tovar, el Lic. García Ávila y el Maestro Gonzalo Celorio, Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM. Por parte de la Santa Sede, Bedeschi, Guzmán Carriquiri y el Prof. Carlo Pietrangeli. En la última,

cinco “testigos de honor”: el Lic. Dante Delgado, entonces embajador de México en Italia, Mons. Adolfo Suárez, Mons. Carlo Mazza de parte de la Conferencia Episcopal Italiana que aportó las piezas que se encontraban en Denver, Mons. Leonardo Sandri, asesor de la Secretaría de Estado y el Nuncio Apostólico en México, Mons. Girolamo Prigione.

A lo largo de octubre se acondicionó el espacio para la exhibición en México y en Roma se hicieron cuidadosamente los empaques para el envío. Con alguna anticipación (no mucha) llegó a la Ciudad de México en un avión de “Aeroméxico” la preciosa carga que venía de Roma y poco después, en un avión de carga de “Lufthansa” que salió de Chicago, las piezas que estaban en Denver.

A tiempo, el día señalad abrió la muestra, en la que tomó la palabra como Legado Pontificio, Monseñor Luigi Poggi, uno de los artífices de la “ostpolitik” del Vaticano hacia los países comunistas del Este europeo. El “presídium” fue impresionante e histórico, distante del laicismo militante de tantos años. El pensamiento que se me vino fue que el gobierno mexicano estaba pagando una deuda con el pueblo.

Amanda y Estela.- No nos cabe duda que esa exposición fue un acontecimiento extraordinario y tal vez único. ¿Qué huella cree que habrá dejado en quienes presenciaron? ¿Será posible tener otra de esa importancia en el futuro?

Padre Olimón.- Desde luego, el arte deja siempre huella en quien lo contempla y tanta gente a la que vi salir en esos días del Colegio de San Ildefonso, sobre todo a los adolescentes y jóvenes que no se habían abierto a una herencia tan amplia y profunda, llevaba el rostro iluminado y sin duda una palpitación distinta en su corazón.

Para percibir el mensaje humano del arte no se necesitan grandes teorías estéticas ni conceptos sofisticados como los de Nietzsche con su directriz dual de lo “apolíneo” y lo “dionisíaco”, o los de Deutinger en su “Estética” o Samuel Ramos y su “Filosofía de la vida artística,” útiles e interesantes sin duda. El ser humano no es un ángel, pero posee un espíritu que vibra ante la belleza a modo de un diapasón. Los antiguos sostenían una jerarquía entre los cinco

sentidos corporales y le daban a la vista el nivel superior, seguida por el oído. A la música y a las artes visuales Platón las calificó como “puente entre el alma y el cuerpo.” Por consiguiente, no he dudado ni dudo del mensaje profundo y duradero de la obra de arte y al mismo tiempo de que no todo mundo puede ser artista o poeta. Sigo pensando en que el contacto directo, contemplativo, que siempre se realiza dentro de un haz luminoso con la obra de arte, es una actitud humanísima y fecunda, portadora de paz interior. La admiración del amanecer y del crepúsculo, por ejemplo, supera toda frontera cultural y la luz, el elemento primero del Universo de acuerdo al libro del Génesis, está en las raíces del gozo auténtico del ser humano, que siempre huye de la oscuridad e identifica el mal con las tinieblas.

No obstante, de veinte años a la fecha hemos sido testigos de la “realidad virtual” y de la posibilidad de que los museos y sus obras lleguen a la pantalla de nuestra computadora con una nitidez extraordinaria. No me atrevo a condenar esa nueva manera de ver ni encuentro argumentos válidos para afirmar la diferencia con la visión directa. Estoy en espera del filósofo que pueda realizar esa tarea como Ivan Illich la hizo sobre el paso del libro comunitario al libro individual en “El viñedo del texto” o Mac Luhan acerca de los medios masivos de comunicación.

Creo que este hecho de cambio cultural, de enorme trascendencia antropológica, hará que las exposiciones “magnas” itinerantes se espacien más y sean los pequeños museos y las muestras específicas las que consideren. He gozado mucho, por ejemplo, algunas exposiciones de limitada extensión en el Louvre, en el Museo Británico, en el Metropolitano y la “Frick Collection” de Nueva York, en distintos recintos de Roma y el pequeño museo de Georgia O’Keeffe en Santa Fe (fui yo habitante del fabuloso norte de Nuevo México durante seis años). No olvido, de París, Londres y Roma, delicados diseños Buonarroti. En noviembre pasado pude tener para mí solo el excelente Museo Diocesano de Seu de Urgell en los Pirineos y ver y tocar el ejemplar magnífico del “Beatus” de Liévana, el Apocalipsis iluminado del Archivo Diocesano de antes del año 1000. Pero he gozado el vídeo en que la musa de Matisse, la Hermana Jacques-Marie narra el itinerario para la realización de la capilla del Rosario de las dominicas de Vence. Y también hace poco, después de ver en

la pantalla la más reciente imagen guadalupana de Carmen Parra pude escribirle: "...parece que viene del cielo envuelta en un aura de gloria..."

Creo que se está gestando una nueva forma en que los humanos continuarán contactándose con la naturaleza y con las obras de arte. Una forma que será tal vez un paso más de lo que ha sucedido con la música: un concierto de una orquesta sinfónica realizado "en vivo" está al alcance de pocos, pero la música clásica grabada se encuentra al alcance casi de cualquiera.

Debo decir sin embargo que, aunque hablo de estas cosas con cierta racionalidad, no dejo de sentir que algo se pierde aunque también veo que algo se gana, pues el arte contemporáneo se encuentra cada vez más privatizado y monopolizado en galerías comerciales y creo que pertenece a la humanidad entera, pues los dones del artista son para compartirse. Son una forma sublime de caridad.

Amanda y Estela.- Por último, *last but not least*, ¿usted ha tomado cursos de arte o es profesional de historia del arte?

Padre Olimón.- No soy profesional de historia del arte. Mucho menos soy artista. Varios años, los últimos de primaria y dos de secundaria, estudié (¿?) piano a instancias de mi madre. Algo tal vez me ayudó a desarrollar la sensibilidad, como compensación feliz a mis tendencias positivistas de historiador. En Roma, en los años de 1974 a 1976 me inscribí en los cursos del Padre Heinrich Pfeiffer, verdadero conocedor de historia del arte y cuando estuve en la Ciudad de México como profesor en la Universidad Pontificia lo invité a venir varias veces y ha seguido viniendo, principalmente a Monterrey y a Puebla, con frutos extraordinarios. La realización de la exposición del Vaticano me puso como candidato natural para la dirección de la Comisión Nacional de Arte Sacro, fundada y sostenida por Monseñor Manuel Ponce, quien falleció en 1975 y ahí tuve la oportunidad de entrar en contacto con artistas y con la Asociación "Adopte una obra de arte", dedicada a la dignificación del patrimonio cultural mexicano, formado sobre todo en edificios religiosos. El arquitecto Alejandro Lazo, que me distinguió con su amistad, me hizo saber que estaba vivo el jesuita Juan Plazaola, autor de un libro pionero, "El arte sacro actual" y varias veces lo invité a venir a México, a la Universidad

Iberoamericana y a Monterrey. Su benevolencia sabia hacia el arte contemporáneo me ayudó mucho. Me he sentido también honrado con la amistad de la artista Carmen Parra, magnífica intérprete con sensibilidad de hoy, principalmente de la herencia del barroco mexicano y pincel delicado y sutil para plasmar ángeles y Guadalupanas (aunque también mariposas monarca y águilas reales.) En la casa de Jala que actualmente habito tengo casi una galería de obra suya.

Como decía antes, la cercanía con el arte y con los vestigios de una cultura que atraviesa los siglos, me ha ayudado y me ayuda a tener algo de equilibrio en la vida y a superar a través del contacto con esa herencia de servicio a la dignidad humana, algo de mis naturales tendencias al egoísmo. Regresando a la cita que hice del mensaje del Concilio a los artistas, he experimentado la belleza como antídoto a la desesperación, he visto nacer el gozo en mi corazón y he aprendido, al menos seminalmente, a resistir la erosión del tiempo. Ojalá esta lección pueda ser aprendida por muchos en esta tierra “que angustia y enamora.”

manuel olimón nolasco

historiador

APÉNDICE.

Dos textos de noviembre de 1993.

ALGO QUE MERECE EL PUEBLO MEXICANO.¹

San Ildefonso se iluminará y florecerá con la exposición del Vaticano.

Mañana calurosa e inquieta, característica del verano romano, fue la del 19 de julio de 1993. Mañana nublada e intensa, ya detrás de las puertas del otoño, la del 27 de septiembre.

Ese lapso temporal marcó la etapa de los convencimientos, las preguntas y las razones pedidas y dadas que hicieron posible lo que en unos días más serán jornadas memorables: los tres meses, del 16 de noviembre al 15 de

¹ Publicado en *Acento*, suplemento cultural de *La Voz de Michoacán*, Morelia, 4 de noviembre de 1993.

febrero de 1994 en que el recinto del antiguo Colegio de San Ildefonso en el centro histórico de la Ciudad de México tendrá lugar la exposición titulada: “Tesoros artísticos del Vaticano. Arte y cultura de dos milenios.”

EL 19 de julio un grupo de mexicanos nos entrevistamos con Monseñor Giovanni Batista Re, Sustituto de la Secretaría de Estado del Vaticano y le dimos a conocer la idea, algo cuya realización “merecía nuestro pueblo que tanto ha demostrado su cariño al Santo Padre.” A pocos días, Su Santidad recibió una carta personal del presidente mexicano, Licenciado Carlos Salinas de Gortari, donde le pedía una respuesta positiva a la petición de la muestra artística que habría de ser algo que dejara “una huella indeleble en la imaginación y en la memoria de los mexicanos.” Ahí mismo le expresaba: “un grupo de mis compatriotas está dispuesto a realizarla.”

Caras de sorpresa, preocupación y cierto escepticismo respondieron a nuestros primeros encuentros en los distintos lugares del Vaticano que poseen piezas artísticas y documentales. Después de la visita de Su Santidad a Mérida y de la respuesta favorable que él dio a la solicitud presidencial, fuimos entablando una relación de cooperación y de trabajo mutuo que culminó con la firma, en la sede de la Embajada de México ante la Santa sede, de un acuerdo de cooperación, el primero que se pacta entre nuestro país y los órganos centrales de la Iglesia católica en el marco de las nuevas relaciones mutuas.

Pronto los ojos de los mexicanos, sensibles a la belleza, estarán contemplando una colección que sólo merece el calificativo de excelente y sólo puede ser apreciada plenamente cuando a la apertura interior del alma humana se une el reconocimiento de que el mundo entero y las cualidades creativas del ser humano proceden de la huella que Dios ha dejado en la tierra.

La exposición que se presenta en suelo mexicano no es para el deleite egoísta de los “cultos.” No es tampoco una ráfaga costosa y fugaz de modernos espectáculos que sólo dejan insatisfacción en el corazón.

Todos podrán apreciar el silencioso mensaje de las primeras obras del arte del cristianismo: el relato bíblico de Jonás arrojado del vientre de la ballena, que es para el pensamiento cristiano el anticipo de la resurrección de Cristo que surge triunfante del sepulcro. El “buen pastor” que lleva sobre sus hombros la oveja perdida es camino para comprender que la aparente lejanía de Dios en el mundo contemporáneo es, por el contrario, cuidado y cariño.

Todos podrán meditar en el valor para la cultura del mundo entero de los documentos literarios, musicales y científicos que se han guardado a lo largo de los siglos en los anaqueles de la Biblioteca y del Archivo vaticanos. Cuando se desplieguen ante nuestra vista los manuscritos bíblicos, los libros iluminados de cantos, las páginas de una “Eneida” de Virgilio pasada a mano en el siglo V o los escritos de “puño y letra” de Miguel Ángel Buonarroti, de Bernini, de Tolomeo y de Galileo, seríamos injustos si siguiéramos alimentando calificaciones de “oscurantismo” para la Iglesia.

Luminosidad y emoción altísima brindarán las obras de los grandes maestros del Renacimiento: la ágil gracia de un “ángel que toca el laúd” de Melozzo de Forli, la deslumbrante grandiosidad de “la pesca milagrosa” expresada en un tapiz de Rafael Sanzio, la vibración religiosa y humana que conduce a palpar “la altura, la anchura y la profundidad del amor de Cristo” en la “Piedad” llamada “de Vittoria Colonna” de Miguel Ángel, la serenidad festiva y humilde de quienes reconocen a Dios en la sencillez del pesebre de Belén de la “adoración de los pastores” del pintor español Bartolomé Esteban Murillo.

Cierta dificultad en una primera mirada...pero al fin un reflejo divino provendrá de lo presentado por los maestros recientes, capaces también, en medio de los fragores de la vida del siglo XX, de atreverse a tocar las puertas del cielo, la morada de Dios: Chagall, Matisse, Manzù, Messina, Sutherland...

En ningún momento la exposición que veremos se cohíbe ante la expresividad religiosa y menos ante algo que algún poeta ha llamado “la sangrienta flor del cristianismo.” “Tesoros artísticos del Vaticano” presenta las huellas de la sensibilidad cristiana a lo largo de veinte siglos.

Cabe reflexionar brevemente: los mexicanos no somos fruto solamente de eso que se llama tan fácilmente “mestizaje”: medio indígenas y medio españoles, pero un poco avergonzados de ambos pasados. Cuando la palabra del Evangelio se pronunció sobre nuestra tierra bendita, pasó mucho más que el rompimiento o la fusión de dos culturas. Acogimos, sin saberlo, una tradición cristiana que ya llevaba quince siglos y que era “ecuménica”, es decir, anterior a las dolorosas divisiones de la Iglesia acaecidas en el siglo XVI.

Esta tradición va a ser contemplada y palpada, pensada y lanzada al futuro por primera vez por los mexicanos: piezas pequeñas pero de hondo simbolismo de las catacumbas romanas, obras bizantinas; un precioso relicario con el

“mandílion” de Edesa, una de las más antiguas imágenes del rostro de Jesucristo, el papiro “Bodmer” con uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento...Las pisadas del apóstol Pedro y las del apóstol Pablo parecerán oírse: la firmeza de la roca, del baluarte donde el Papa—sucesor de Pedro—se encuentra, la flexibilidad amorosa del apóstol que viaja al encuentro de las comunidades y las anima: Pablo.

Regalo ha sido del alma petrina y paulina de Juan Pablo II a este pueblo que lo ha recibido con tanto fervor. Regalo del alma de este pueblo será comprender fondo el sentido de esta muestra artística y documental que no había sido igualada antes en nuestros recintos mexicanos.

Mejor don e intercambio entre la Iglesia católica que ha acompañado el peregrinar de los mexicanos por casi quinientos años—pienso—no podía darse. Es una aportación singular, delicada, y al mismo tiempo profunda a este mundo y a esta patria tantas veces angustiados y cerrados al amor que se hermana con el bien y la verdad. Resuena en mis oídos la invitación del Concilio Vaticano II a invadir el horizonte humano con la belleza: “El mundo en el que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperación. La belleza, como la verdad, hace nacer el gozo en los corazones de los hombres...”



EN VÍSPERAS DE UN ACONTECIMIENTO DE ESPERANZA.

Ante la Asamblea de la Conferencia del Episcopado Mexicano.²

Al final de un camino seguido en fiel esperanza, puedo anunciar una buena nueva: el próximo martes 16 de noviembre en la noche será inaugurada la exposición “Tesoros artísticos del Vaticano. Arte y cultura de dos milenios.” He cumplido así, con íntima alegría, la encomienda recibida del Señor Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, según consta en carta dirigida al Emmo. Sr. Cardenal Don Ángel Sodano, Secretario de Estado, de fecha 15 de julio del presente año.

² Sede de la Conferencia del Episcopado Mexicano, Cuautitlán-Izcalli, 12 de noviembre de 1993. Esta intervención había permanecido manuscrita. La transcribí haciéndole algunas ligerísimas modificaciones.

A partir de ese día 16, como lo expresó el Señor Presidente de la República en misiva enviada al Santo Padre el 6 de octubre, estará abierta “...una ventana a la gran riqueza artística del Vaticano a la que miles de mexicanos se asomarán por vez primera y [será] también un ejemplo de los beneficios mutuos de las nuevas relaciones entre los dos Estados.” Desde nuestra caridad pastoral, además, seremos testigos de que se hará vida en el recinto que fue obra inmortal de los jesuitas mexicanos de la época del virreinato, la frase de San Ireneo: “La gloria de Dios es que el hombre viva y la gloria del hombre es la visión de Dios.”

Pues la colección que ha sido cuidadosamente seleccionada del riquísimo patrimonio de la humanidad que constituyen los acervos vaticanos, pone de relieve, ante todo, la estrecha relación entre el vigor del Evangelio y los momentos fuertes de la historia cultural de Occidente. La idea directriz, por consiguiente, atraviesa estos dos milenios de cristianismo en los que no sólo la voluntad y la inteligencia han entablado un diálogo con las culturas, sino también—y quizá más—la sensibilidad y la emoción impulsadas por el máximo acontecimiento de la historia: la Encarnación del Verbo que—cito de nuevo a San Ireneo—“trajo consigo toda novedad.”

Una primera luz para admirar la exposición viene a nosotros: está estructurada sobre una columna vertebral cristológica que más que expresarse en conceptos, se dice a través de las obras mismas: del sarcófago paleocristiano con la expresión estética de Jonás arrojado del vientre del cetáceo a la “Piedad roja” de Chagall, pasando por la escultura del “Buen Pastor” del siglo III, la “Adoración de los pastores” de Murillo, la “Piedad de Vittoria Colonna” de Miguel Ángel, la “Pesca milagrosa” en tapiz flamenco sobre cartón de Rafael o el “Ecce homo” de Rouault, es el mensaje salvador del Evangelio y la atracción de Aquél por quien “la muerte es una ganancia” (Fil 1, 21b) la que le da sentido.

Monseñor Adolfo Suárez Rivera, motivando en la carta que dirigió al Señor Cardenal Sodano la respuesta afirmativa a la propuesta, exponía: “[Es algo] que bien merece el pueblo fiel y toda la sociedad mexicana...Sería una expresión de buena voluntad del Santo Padre hacia el pueblo católico de México, en este caso, dirigida a fortalecer su identidad cultural de raíces cristianas. Tal como ha sido concebida la idea de la exposición, ésta será

instrumento eficazísimo para presentar el influjo del Evangelio en las obras de arte...Mostrar con sobriedad, calidad y altura, la tradición artística de la Iglesia católica será de un efecto evangelizador importante.”

Esta luz habitará tres meses el recinto de la muestra e indudablemente alimentará miles de corazones ávidos de paz. La Verdad, la Bondad y la Belleza irán de la mano. Como dijo el presidente de la República en la primera carta enviada a Su Santidad el 19 de julio: “...dejará una huella imborrable en la imaginación y la memoria de los mexicanos.”

Una segunda luz viene también: las huellas de Pedro y Pablo—columnas de la Iglesia—quedarán impresas en nuestro suelo. No sólo son sus efigies las que constituyen el logotipo de la muestra, sino que el compromiso de quien “confirma a sus hermanos en la fe”, el sucesor de Pedro, se aúna al compromiso de las iglesias locales, antes Éfeso, Corinto o Tesalónica, hoy Yucatán, Guadalajara o Torreón.

Observemos en la exposición lo que han aportado la Biblioteca Apostólica y el Archivo: toda una lección de sintonía con el don y la creatividad que se unen en el ser humano y que sólo recientemente separamos en “sacro” y “profano”: el papiro “Bodmer”, antiquísimo texto de una carta del apóstol Pedro; un comentario griego de San Juan Crisóstomo al Evangelio de Mateo, “Cuatro evangelios en copto y árabe”, el “Códice Chigi” con música litúrgica, una edición medieval iluminada de los “Epigramas” de Marcial, la excelentísima edición de la “Eneida” virgiliana del siglo V llamada “Virgilio Romano”, las “Observaciones del sol” de Galileo, la “Geografía” de Tolomeo, las bulas fundacionales de las primeras diócesis mexicanas y el “Coloquio de los doce” de los inicios de la evangelización en nuestras tierras.

Personalmente me empeñé en formar una exigente lista que, gracias a la inteligencia y la generosidad del Padre Leonard Boyle O.P., prefecto de la Biblioteca y del Padre Josef Metzler O.M.I., prefecto del Archivo, se consiguió íntegramente. Ante ciertos afanes “esteticistas” de funcionarios culturales mexicanos, defendí la importancia de este espacio. Hoy, ante ustedes, me pregunto, ¿esta apertura a las mismas fronteras de la cultura, esta audacia paulina, se encuentra apostólicamente activa en nosotros, la Iglesia católica en México?

Viene una tercera luz. De pronto se ha abierto un cauce a una realidad que apenas comenzamos a apreciar: lo que puede significar concretamente que se haya modificado la legislación que desconocía a las iglesias y vetaba la religión de los espacios públicos y que se hayan entablado relaciones diplomáticas entre el Estado mexicano y la Santa Sede. El Señor Arzobispo Suárez le expresaba al Cardenal Sodano: “Este acontecimiento sería, en primer lugar, una señal visible de que las relaciones entre la Iglesia y el Estado en México está dando frutos tangibles...Creo que esta iniciativa tendrá trascendencia extraordinaria tanto por ser un acontecimiento cultural nunca antes realizado como por las circunstancias nuevas de la relación entre la Iglesia y el Estado en México que requieren un cauce cultural y no sólo jurídico...”

He aquí, pues, una oportunidad y un reto.

La Santa Sede y la Conferencia del Episcopado Mexicano se han implicado, mediante un acuerdo formal firmado en Roma el 27 de septiembre, en un evento cultural de primera magnitud, en la realización de una muestra artística y documental que jamás habría podido lograrse sin las instituciones eclesiales. De pronto—y aunque la asimilación del impacto tardará en asumirse—la cultura en México ha dejado de ser “oficial.” La Iglesia está aportando su patrimonio, está interactuando con una sociedad plural y diferente en orden al futuro de una identidad abierta.

Como lo expresé el día de ayer en la conferencia de prensa que fue convocada para anunciar el evento, “esta exhibición no la hemos concebido disfrazadamente humanista sino definitivamente cristiana” y “la Iglesia se siente en su propia casa, pues nunca ha abandonado el arte y la cultura.”

En todo momento he recordado la exhortación que en este lugar donde hoy estamos hizo Su Santidad Juan Pablo II a los obispos mexicanos el 13 de mayo de 1990: “Hago mías las palabras pronunciadas por Monseñor Adolfo Suárez Rivera, arzobispo de Monterrey y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano en su discurso inaugural de la última asamblea plenaria: ‘La Iglesia en México quiere ser considerada y tratada no como extraña, ni menos como enemiga a la que hay que confrontar y combatir, sino como una fuerza aliada a todo lo que es bueno, noble y bello.’”

El camino para formular acuerdos en lo que se suele llamar “materias mixtas” ha empezado a trazarse. Pero hace falta que esboce líneas de

evangelización de la cultura que puedan palpase en la vida cotidiana del pueblo y puedan entrelazarse con sus emociones y sus símbolos en el corazón de la modernidad. Por otro, que seamos lo bastante humildes y lo bastante audaces para ejercer el ministerio en áreas que ni son fáciles ni están del todo abiertas.

He hecho hoy ante ustedes, más que un escueto informe, una explicitación de las raíces más hondas que han motivado este singular acontecimiento que traerá indudables frutos de paz y reconciliación. “Iesu dulcis memoria”, “la dulce memoria de Jesús” del himno de la fiesta de la Transfiguración, transparenta una gloria que espera más allá de las fronteras del dolor y de la muerte. Si nuestra Iglesia “ensancha los espacios de la caridad”, si vence al odio con el amor y vuelve a descubrir que la Palabra es también Belleza espléndida, aumentará su credibilidad, tantas veces empañada por nuestras cortas miras.

Agradezco a Dios Padre y a Jesucristo, “Modelo de pastores”, la oportunidad de haber podido servir en esta tarea. Como presbítero, he trabajado consciente de ser “colaborador necesario del orden episcopal” al haber recibido de la Conferencia del Episcopado esta misión. Como universitario, la he realizado con la conciencia de que “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo...son también los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo. No hay nada humano que sea ajeno a su corazón.”

Me permito invitarlos a estar personalmente presentes, con calma y espíritu abierto en la exposición y a invitar a todos a tener esa misma experiencia. Me atrevo a pedirles que mediten unos párrafos del Mensaje del Concilio Vaticano II a los artistas, que alimentaron los momentos más difíciles de la preparación de lo que hoy es ya realidad feliz: “El mundo en el que vivimos tienen necesidad de la belleza para no caer en la desesperación. La belleza, como la verdad, hace nacer el gozo en los corazones de los hombres; es el precioso fruto que resiste la erosión del tiempo y que une a las generaciones dándoles capacidad para comunicarse unas con otras a través de la admiración.”